

“¡Bendito el Rey que viene!” (Lc. 19:38)
Sal. 118:19-29; Dt. 32:36-39; Flp. 2:5-11; Lc. 19:28-40

Cap. Miranda,
Hohenau.

1. El Rey viene

Jerusalén es la ciudad de los reyes, donde el rey David vivía, y donde su hijo Salomón había construido el templo hacía mucho tiempo atrás, como mil años antes de Jesús aproximadamente. En ese tiempo, gobernaba en territorio de Judea, que es donde se encuentra Jerusalén, el gobernador romano Poncio Pilato. Jesús era de Nazaret, de la región de Galilea, su ciudad natal, así que en ese territorio había otro gobernante, Herodes, un rey (tetarca), dependiente del Imperio Romano. Estos reyes y gobernantes, representan hoy día al gobierno humano, terrenal, de este mundo. Ellos nada saben que este Jesús de Nazaret es el verdadero rey que vino, que viene, y que vendrá por segunda vez, al final del mundo. Jesús es el legítimo heredero de la casa real de David, y como tal, era ahora está por entrar como rey a la ciudad de David, que es Jerusalén.

Jesús viene caminando desde Jericó, y se va acercando con paso lento pero firme a Jerusalén. Por eso dice el evangelista Mateo: *iba delante subiendo a Jerusalén* (v. 28). Jesús no corre, pero tampoco se detiene. Él está seguro de lo que tiene que hacer. En el camino, yendo a Jerusalén, había resucitado a su amigo Lázaro, que había estado cuatro días muerto (Juan cap. 11). También, en Jericó, se había encontrado con el petiso de Zaqueo, el jefe de los cobradores de impuestos, que habiendo confesado sus faltas, ahora era uno de sus discípulos (Lucas cap. 19). Al salir de Jericó, también había curado a un hombre ciego llamado Bartimeo (Marcos cap. 10). Por todas estas cosas, y por todo lo que había enseñado a través de parábolas o de manera directa, una gran cantidad de gente había podido ver o escuchar a Cristo al menos una vez. Se había convertido en una persona conocida por todos, al menos de vista. Y finalmente, después de tres años de ministerio pastoral, el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo se acerca a su hora final, a su última semana, antes de ser llevado como cordero al matadero.

Jesús sabe estas cosas, pero es que para esto ha venido. Jesús vivió de un modo manso y humilde hasta el final. Es por eso que *“llegando cerca de Betfagé y de Betania, al monte que se llama de los Olivos, envió dos de sus discípulos, 30 diciendo: Id a la aldea de enfrente, y al entrar en ella hallaréis un pollino atado, en el cual ningún hombre ha montado jamás; desatadlo, y traedlo. 31 Y si alguien os preguntare: ¿Por qué lo desatáis? le responderéis así: Porque el Señor lo necesita. 32 Fueron los que habían sido enviados, y hallaron como les dijo. 33 Y cuando desataban el pollino, sus dueños les dijeron: ¿Por qué desatáis el pollino? 34 Ellos dijeron: Porque el Señor lo necesita.*

Jesús no necesita entrar montado en un burrito a Jerusalén, pero lo hace para cumplir de esta manera lo que fue anunciado siglos antes por el profeta Zacarías, que el Mesías entraría algún día a la ciudad de Jerusalén como rey, montado en un burrito, un animal de carga: *“Alégrate mucho, hija de Sion; da voces de júbilo, hija de Jerusalén; he aquí tu rey vendrá a ti, justo y salvador, humilde, y cabalgando sobre un asno, sobre un pollino hijo de asna”* (Zac. 9:9). Así también Jesús entró a nuestra vida: sin mucho espectáculo, sin hacer ruido. Él vino a nuestra vida en las aguas del Bautismo con su gracia salvadora, con su perdón sanador. El cielo se hizo presente en nuestra vida el día de mi Bautismo. Y Jesús y su Reino celestial sigue presentándose delante nuestro, frente a nuestras narices, en la predicación del evangelio, y en el sacramento del altar. Es allí donde el rey Jesús viene manso y humilde, montado ahora, ya no en un burrito, sino a través del agua, de la palabra oral y escrita, a través del pan y el vino. Su realidad divina y salvadora, viene a nuestro encuentro, casi sin que nos demos cuenta. Así como el burrito es un animal de carga, de trabajo, así también, cuando Jesús viene a nuestro encuentro, viene para servirnos. Él no viene para demandar justicia de parte de la gente, como hacen los otros reyes. Al contrario, es Jesús el rey que trae justicia, un rey pacificador, un rey que exalta a los humildes de corazón, que trae alegría y gozo a través de su evangelio, dado en su Palabra y sacramento.

Nuestro riesgo, nuestra negligencia hoy día como cristianos, es no reconocer, no darnos cuenta, de cómo Dios actúa, y está actuando en nuestra vida. Corremos el riesgo de no valorar la venida humilde de Jesús. Porque esperamos algo más espectacular de parte de Dios, porque se esperan revelaciones y sueños proféticos, porque se anhelan por ahí milagros de sanidad en garganta, ojos, estómagos y miembros. Déjame decirte, querido hermano, que si esa es también tu tentación, y si en esa tentación has caído, déjame decirte que Jesús vino para mucho más que para arreglarte un par de muelas. Jesús vino a Jerusalén para cargar un cruz por ti, en tu lugar. Una cruz amarga, dolorosa y pesada. Es una cruz pesada, porque en ella Cristo carga los pecados del mundo. Jesús vino para perdonarte y salvarte de estos tres enemigos: pecado, diablo e infierno. Y te salva de estos tres con su perdón, vida y salvación eterna. Para eso viene Jesús a Jerusalén, para eso él viene también a nuestra vida.

2. Bendito el Rey

Habiendo acercado el burrito a Jesús, este se monta en él. Ahora va de camino a Jerusalén, subiendo la cuesta del monte de los olivos. Como a un kilómetro de distancia, puede ver hacia el oeste la capital. La gente que viene para la fiesta judía de la Pascua, también viene a Jerusalén, como peregrinos, de todas partes del mundo. El historiador judío Flavio Josefo cuenta que hasta un millón de personas acudían a Jerusalén para la fiesta de la Pascua. Eso es mucha gente. Esta gente iba por el mismo camino por el que iba Jesús. Y al verle, y al haber escuchado por todo los milagros que había realizado, en especial la resurrección de Lázaro, y por todo lo que había predicado sobre el reino de los cielos, es que esta gente, a medida que avanzaba Jesús, *tendían sus mantos por el camino. 37 Cuando llegaban ya cerca de la bajada del monte de los Olivos, toda la multitud de los discípulos, gozándose, comenzó a alabar a Dios a grandes voces por todas las maravillas que habían visto, 38 diciendo: ¡Bendito el rey que viene en el nombre del Señor; paz en el cielo, y gloria en las alturas!* (v. 36b-38).

Con estos gestos de tender los mantos por el camino, de cortar ramas de los árboles (Mc. 11:8), y de anunciar a viva voz que Jesús era el Rey, la gente estaba diciéndoles a los romanos: ¡fuera de aquí! ¡Ahora ha llegado nuestro rey Jesús! Anunciaban esto con alegría y júbilo. Con este cántico, ellos estaban citando el Salmo 118:26 que dice: *“Bendito el que viene en el nombre del Señor”*. Ahora bien, ¿en qué sentido lo estaban citando? Ciertamente es un cántico sobre la venida del Mesías Jesucristo. Allí mismo se estaba cumpliendo la profecía. Pero el sentido que ellos le estaban dando, distaba mucho de ser el verdadero y real sentido que Dios revela allí. Porque Jesús no es un Mesías o un salvador político. Él no vino para gobernar desde Jerusalén, y echar fuera a los romanos, a Poncio Pilato, o al rey títere del Imperio que era Herodes. Porque Jesús ya es el Rey de la creación, en compañía del Padre y del Espíritu Santo, un solo Dios, en tres personas. Jesús es mucho más que un gobernante político. Él es el SEÑOR, con letras mayúsculas, como dice san Pablo en Filipenses, sobre que Jesús es Dios, al confesar lo siguiente: *“Cristo Jesús, 6 el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, 7 sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; 8 y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. 9 Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, 10 para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; 11 y toda lengua confiese que Jesucristo es el SEÑOR, para gloria de Dios Padre.”* (Flp. 2:5b-11).

El reino de Jesús, es un reino de poder, de gracia, y de gloria. Es un reino de poder, porque sentado a la diestra de Dios Padre Todopoderoso, domina y sujeta todas las cosas en su mano. Lo que sucede en el cielo y en la tierra, está bajo su control, a pesar de que el diablo, el mundo y nuestra propia carne tiran en contra. No hay cosa que escape al dominio de Jesús. Él sigue teniendo el control de la creación, en un mundo que por el pecado perdió el control. Jesús no se olvida ni siquiera de una sola paloma que vuela por ahí.

En segundo lugar, el reino de Jesús es un reino de gracia, de misericordia, en el cual él viene hasta nosotros montado en su burrito, es decir, en su evangelio, en palabra y sacramentos, y cuando él viene de esta manera, es para traernos la fe salvadora por el don de su Espíritu Santo. Esto es lo que pedimos cada día, cuando oramos en el Padrenuestro *“Venga tu Reino”*, tu reino de gracia, de paz y misericordia. Porque en esta tierra la iglesia sufre el constante ataque de satanás, y por eso con la espada de la Palabra de Dios, la iglesia lucha, y ha de luchar a cada instante contra ese león rugiente, siendo así la llamada *iglesia militante*.

En tercer lugar, el reino de Cristo es un reino de gloria. Se trata de la gloria celestial de la iglesia triunfante, es decir, los santos en el cielo. ¿Cuántos creyentes en Jesús ahí en el cielo? Dice Apocalipsis 7:9-12: *9 Después de esto miré, y he aquí una gran multitud, la cual nadie podía contar, de todas naciones y tribus y pueblos y lenguas, que estaban delante del trono y en la presencia del Cordero, vestidos de ropas blancas, y con palmas en las manos; 10 y clamaban a gran voz, diciendo: La salvación pertenece a nuestro Dios que está sentado en el trono, y al Cordero. 11 Y todos los ángeles estaban en pie alrededor del trono, y de los ancianos y de los cuatro seres vivientes; y se postraron sobre sus rostros delante del trono, y adoraron a Dios, 12 diciendo: Amén”*.

De repente, ahora que tenemos el agua hasta el cuello, y los mosquitos por todos lados, la gente se comienza a preocupar por el cuidado de la creación, del medio ambiente. De repente, se comienza a hablar de un liderazgo mundial que controle la situación y ponga orden en el planeta tierra. Dicen que se necesitaría de un gobierno centralizado que domine por encima de las naciones, para aplicar justicia, que elimine la pobreza y la corrupción de una buena vez. Son ideas que pintan lindas, interesantes. Pero en verdad, lo que necesitamos como seres humanos, no son estas cosas. Lo que necesitamos en verdad, es al rey de la paz que es Jesucristo. El rey que montado en un burrito entra en Jerusalén por tus pecados y por mis pecados. Él es un rey servicial, y espera de ustedes eso también. No necesitamos más reglas entre los cristianos, ni entre nosotros como familias. Lo que necesitamos, es más fe, y más amor. Porque es el amor de Dios el que cura nuestras enfermedades y dolores. Es la certeza que Cristo nos da en su Palabra, de que nuestros pecados están perdonados, por increíble que

parezca, lo que nos devuelve la paz de conciencia. La infidelidad ciertamente puede romper un matrimonio, pero no por eso perderemos la confianza en nuestro Salvador Jesús, que fue fiel hasta la muerte por nosotros. Los golpes y las discusiones en el hogar, o en la iglesia, o en el trabajo, ciertamente son un trago de amargura que nos ponen en enemistad unos contra otros, pero la reconciliación siempre es posible, porque Jesús vino para lograr la paz de Dios con nosotros en el madero de la cruz. Satanás, y nuestro viejo Adán también, intentará siempre poner ideas en la cabeza que son contrarias a los mandamientos de Dios, pero en Cristo Jesús, habiendo sido lavados de nuestros pecados, ahora somos nuevas criaturas. Con la ayuda de Dios, en oración y meditación en la Palabra, podemos resistir la tentación y vencer. Como dice san Pablo, que *“en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó”* (Ro. 8:37).

Para finalizar, el evangelio dice que *39 Entonces algunos de los fariseos de entre la multitud le dijeron: Maestro, reprende a tus discípulos. 40 El, respondiendo, les dijo: Os digo que si éstos callaran, las piedras clamarían.* Lo que Jesús nos quiere decir aquí es que su reino de poder, de gracia y de gloria seguirá avanzando, que al reino de Dios nada ni nadie lo podrán detener. Si no es por mi persona, o por el testimonio de ustedes, otra persona igual va a contar de Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre. Jesús no nos impide anunciar su nombre, sino a confesarlo abiertamente, con alegría. Lo que sí nos impide Jesús, es el anunciar mi propio nombre, mi propia fama y honor. Los cristianos no estamos para eso. Los cristianos estamos para cantar y confesar el nombre de Cristo Jesús como el rey que vino, que viene y que vendrá. Él nos da ese privilegio en nuestro hogar, en la devoción familiar, en el trabajo, en el camino, al andar de aquí y allá. Los cristianos estamos para eso en este mundo. Y cuando el Señor Jesús decide, a la hora y el tiempo indicado por él, partiremos de este mundo hacia su presencia sublime, celestial, al coro celestial, para alabar su nombre en la Jerusalén celestial, por toda la eternidad. *¡Bendito el rey que viene en el nombre del Señor; paz en el cielo, y gloria en las alturas! Amén.*